



BULEVARDINA

V

Conforme desciende la tarde asciende el concurso paseador y, sueltos, en parejas, en pelotones, en bandadas, crúzanse y mézclanse los que entran, ya por uno u otro extremo de la atractiva calzada, mas los que acuden por las calles afluentes de Ermita y Malate.

Marchan los que se van reuniendo, en diferentes tiempos, desde el rápido que impone la bullente fuerza de la sangre joven, en la cándida creencia de sus dueños de que la tal *gasolina* no se ha de agotar nunca, hasta los que apreciando que el nivel de su *tanque* desciende, hacen cuidadosa economía de jugo vital, para no gastarlo de una manera inútil, que pudiera ocasionarles un desagradable *panne*. Nada; lo mismo que la vida. Al fin y al cabo la vida ¿qué es mas que una caminata mas o menos larga por este valle de amarguras para unos y de miel hiblea para otros?

Los sentidos se animan en medio tan subyugador, siendo el oído y la vista los que más se utilizan, principalmente la última, ante el deslumbrador espectáculo que le ofrece la mas perfecta obra del Creador; lo que anima nuestra existencia; lo que nos trae y nos lleva a remolque, aunque refunfuñemos algunas veces—otras, en cambio, se va muy a gusto en el machito—a donde se le antoja; ¡la mujer! que en toda la eflorescencia de sus facultades intuitivas arrastra al hombre tras de sí, al extremo de hacerle perder la chabeta. De ahí que por tal influencia del sexo, haya tantos locos y tantos tontos, sobre todo tontos, que forman muchedumbre en cualquier lugar del Orbe donde se les convoque, no habiendo de ser, por consiguiente, el bulevar una excepción.

Perturba, marea, desvanece aquel concurso barroco—este concepto se usa tanto ahora por cuantos escriben, como los cigarrillos “Chesterfield” por las señoritas Siglo XX—de criaturas luciendo sus galas en vibrante revoltejo de colores con sus cambiantes para toda la gama, que llegan a emborrachar con sus múltiples y diversos matices, como ocurre al incontinente o distraído bebedor que mezcla sus bebidas, sin que

haya posibilidad de detenerse a escoger ni preferir ante las “creaciones” del arte modisteril, que acoplado a la naturaleza y aliado con la ciencia, realiza la belleza propia con el aditamento del adorno, el masaje, el pincel y las pinzas, apropiados para cada caso.

Son tan sugestivos esos trajecitos tan reducidos de ahora; las cachuchitas, gorritas y caperucitas adaptadas al casco cranial hacen resaltar de ellas unas caras tan monas y tan ricas... y no digo nada, las boinas, de procedencia pirenaica y dominadoras hoy en toda la esfera terrestre, porque así lo ha decretado el buen gusto... Incitan de tal manera esas medias, punto menos que invisibles e impalpables por su finura arácnida, que a fuerza de ceñirse a la carne e imitarla, se acaba por eliminarlas...

Y no se aprecia su falta, porque suple a esta el raso de la piel natural, que con ellas y sin ellas invita a juzgar en su justo mérito y a ojo de escultor inteligente, la variedad de tan conmovedores como incommovibles postes básicos en sus líneas artísticas, entre las que se llevan la palma, sin discusión, las que siguen la airosa y voluptuosa curva de la botella de champaña.

En el recorrido de esta inspección, en la que si entra por mucho el amor puro y desinteresado a la estética, no deja también de tomar parte el freudiano instinto policíaco al par que erótico de adivinar lo oculto a través de la escasa envolturara que lo cubre, se impone el eclecticismo, que prefiriendo el todo a las partes por separado, no se para en aumento o disminución de peso, en rigideces u ondulaciones de la silueta, porque en el sentimiento inefable del admirador, acuciado por el deseo de poseer cuanto ante él pasa y se le escapa sin alcanzarlo, entra todo como en la



ASPIRINA
EL MEJOR REMEDIO PARA LOS DOLORES

romana del Diablo y resulta que el conjunto dismula los incorrectos detalles y lo contemplado aparece en la mas completa euritmia, para regocijo del espíritu.

Que el ánimo se incline al juicio benevolente, se explica, porque la cantidad impide que nos detengamos a desmenuzar criticamente la calidad. Bien sabido es que nadie es perfecto y ya se tiene olvidado de puro sabido que entre los humanos los hay altos y bajos, viejos y jóvenes, gordos y flacos, tuertos, bizcos, chatos, narigones, cojos, mancos, contrahechos, etcétera, etc., etc., pero en ocasiones como la presente, quien se fije, ponga por caso en los ojos de las que por ante él desfilen, no verá los defectuosos, sino que se extasiará ante los negros, como la sima de un abismo sin fondo a donde cae arrastrado quien no tenga dominio sobre sí para contener su yérgigo; azules, como un cielo que se ofrece generoso a los buenos; amarillos, refulgentes, con chispeos gatunos, excitantes por la electricidad que de ellos emana; verdes, como un libro de Jardiel Poncela, pardos y dulces como un goloso *marrón glacé*, con destellos en su variedad, suaves, terribles, acariciadores, suplicantes y representando cada mirada un poema, una anacréontica, un epigrama, un idilio. . . ¡una tragedia!

Y si tras estos espejos del alma—que dijo no sé que poeta en tiempos en que tal concepto rimaba admirablemente con el modo de pensar de entonces y hoy, con el gusto que impera, merece la nota de archicursi, por el positivismo que nos caracteriza—sigue el exámen de la nariz en sus cortes, griego, romano, hebraico, sajón, malayo, egipcio o chino, que de todo hay, por la variedad de castas que esta hospitalaria Manila viene albergando, y descendemos a los labios ¡oh! lo que se le ocurrirá a quien se fije en estas válvulas, de escape para dar salida a la expresión de toda clase de sentimientos, cuando se abren y herméticas, cuando fruncidas se niegan a dar a conocer lo que les burbujea por dentro. . . ¡la caraba! que diría un devoto de *Gil de Escalante*, copiando al ingenioso revistero del diario madrileño A. B. C.

Llevados por la brisa y yendo y viniendo como aviones por el espacio, vuelan rumores de animadas charlas, que no es posible seguir, de tantas como se entremezclan y gracias si alguna frasecilla suelta se percibe clara. Pero en ocasiones, con ser tan poco, dicen mas que un discurso de Rávago, una poesía de Apostol, una conferencia de Doña Rosa Sevilla de Alvero o un brindis de Cárlos de Oteyza.

Carcajadas francas o contenidas, risa, alegría chorreante que se desparrama por la atmósfera, que la devuelve en repercutidor eco de arpegios de aves cantoras, como ruiseñores, canarios, calandrias, jilgueros y alondras, sin faltar—¡la eterna contraposición!—suspirantes quejidos de nocturnos y lúgubres mochuelos, fatuos quiquiriquis gallescos y desentonados graznidos de pavos y gansos, que también pululan en torno de sensibles cisnes, brillosos faisanes y cegadoras aves del paraíso, hipócritamente humildes aquellos, algunos como tórtolos, aunque con la aviesas y traicionera intención del neblí, cuando persigue a la inocente paloma. Y basta de volatería de pacotilla, para ponernos en la realidad, contemplando a las que realizando van con su presencia el suelo que pisan: ellas, siempre ellas, cuya intervención en cuanto se relaciona con la existencia, han de traer a la memoria para descubrir un misterio, al quevedesco—¿Quién es ella?

Vedlas venir en pandillas que cogen todo el anchor de la enarenada cinta, unas con unas o con otros, enfrascadas en conversaciones generales o particularizadas con interesantes apartes en secreto; a veces teneis que echaros a un lado, para no deshacer la correcta formación en que marchan o para que no os arrollen con su poderoso empuje. Como soldaditos en maniobras, reúnen en masas compactas, disgreganse en sueltas guerrillas, acógense en movimientos estratégicos a los bancos, donde las fuerzas de reserva—mamás, ayas, *chaperones*, desempeñando por ley de naturaleza el cometido de *carabinas*—encuentran un descanso reparador de las averías que haya podido haber en las escaramuzas que se han librado. Estos y muchos cuadros puede apreciarlos *de visu* el que al bulevard vaya, con lo que huelga el continuar detallando, sopena de incurrir en el pecado de convertir esto en una larga y monótona película por series, por lo que doy de lado lo que resta de exposición, que pretendí fuese descriptiva y voy viendo que me resulta una ensalada, de la cual, en evitación de molestas consecuencias dispépsicas, precisa evitar cuidadosamente que forme parte del compuesto el indijesto pepino, tocando el desairado papel de tal cucurbitácea a los que debiendo complementar el todo armónico de la humanidad con la mitad que le corresponde, uniéndose a la otra tan bella mitad, cumple tan mal hoy día su cometido en el sitio pululante donde nos encontramos, así que paso como sobre ascuas por el apunte del desentono que ocasionan esas desen-

frenadas carreras de autos, ocupados por niños gritones y los violentos juegos deportivos a que se entregan, convirtiendo un expansivo lugar de tranquilo recreo en un chillante y escandaloso *stadium*, en el que para ir de acuerdo los dichos y los hechos, si se oyen vocablos que enrojecerían a un carromatero, no tomaría Brummel para modelo en su vestir a los que parecen tener a gala el ir sucios, rotos, desastrados, despechugados y con las hirsutas piernas al aire, que serán muy *sport*, pero también son de bien repugnante aspecto.

Y como ya tengo dicho con anterioridad, aquí no se trata de sermonear a nadie: haga lo que le plazca cada cual, lo mismo me dá que me dá lo mismo y vayan, vengán y tornen y vuelvan por donde y como quieran, pues no hay otro deseo por mi parte en tarde tan hermosa, que el de aspirar con beatífica delectación el grato aroma que dejan tras sí las yentes y vinientes, que por sus nombres, acusan la diversidad de origen, pues una Rebeca, una Sara y una Esther, no se pue-

den confundir con una Teresá, una Carmen o una Pilar, y las Zoraidas y las Fátimas y las Charines y las Pepays y las Lulús y las Katys y las Betties y las Violas y las Rossettes y las Gretas, solo con saber como se llaman, se averigua de donde proceden, pero en las caras que se ven y en las voces que se escuchan, resaltan dos significativas y para mí simpatiquisimas características, de orden puramente sentimental.

Todas son guapas y—fíjense ustedes, que es curioso el observarlo—todas las guapas hablan en español.

¡Y que rabien los que cómulgen con Gilmore!

GIL A. MON.

Pasay, septiembre de 1930.



LA MEJOR MANERA DE PINTARSE

Aplíquese siempre el colorete antes que nada—después empolvase. Y para conseguir una coloración exquisita y natural, escoja el carmín MAX FACTOR que armonice con el color del polvo y de la barra de colorete. ¡Y vea qué belleza produce esa armonía de color!

Puede obtenerse carmín MAX FACTOR de los siguientes tonos! (Números 12-18-24, rosa (Blondeen), rojo (Raspberry), natural o pálido (Day).



MAX FACTOR'S SOCIETY MAKE-UP HOLLYWOOD COSMETICOS DE LAS "ESTRELLAS"

Envíe por correo este cupón para análisis de compleción.

ANALISIS GRATIS DE COMPLEXION

WEST & WHITAKER—Box 1920—Manila.

ANALISIS

SRES.: Sírvanse enviarme, sin obligación alguna de mi parte, una copia del análisis de mi compleción personal. Les remito P0.10 con tal objeto.

NOMBRE

Dirección

Pueblo

Provincia

Señale con Propiedad	Dése el color exacto	Su Naturaleza	
Compleción	Color de los ojos	Color de los labios	
Suave	Color de los	Húmedos	
Perfecta	Pestañas	Secos	
Mediana	Color del	PIEL	
Cetrina	Cabello		Grasienta
Oscura			Seca